

BACK TO THE FUTURE

Bernd Dietz*

FESTINA LENTE

La experiencia de llegar tarde a todo. Por ejemplo, a la confirmación de que intelectuales, jueces o policías, al evacuar sus dictámenes profesionales sobre la verdad, piensan en cómo valerse del dedo y no en luna alguna. Pues su albur habilitado trajina con los hechos encomendados a su jurisdicción como el niño engañoso que tras atar un hilo a la pata de la mosca sopla con displicencia sobre ella. Y de odiar la pestilencia, no obstante el caritativo retraso, el realismo vital o el intimidatorio respaldo del votante.

POÉTICA AVANZADA

Tropiezas con poetas que se hacen los interesantes con la alharaca típica en chamanes, homeópatas, capitostes institucionales, banqueros taoístas o vendedores de aparatos para recoger las migas. La nadería la revisten de simbolismo y majestad. El escamoteo, de sublimidad. Menos es más. Mediante la elisión de piezas lógicas, factuales y sintácticas, los galardonados vates te elaboran unos misterios de mucho cuidado. Vas tú a decir nada. Con leve bisbiseo y ojos gelatinosos, previenenle al parroquiano de que, si no suspende su incredulidad, le sobrevendrán desgracias. Su aura se perderá la salvación reservada al iniciado estándar, la tribu lo excluirá del reparto de secretos, los oficiantes del culto, por suerte personal funcionario de la democracia, perseguirán su profana culpabilidad.

PESSOA, NERUDA, *ET AL.*

La bondad en el discurso de la poesía es como la honradez en el de la política. El esoterismo poético es igual de verdadero que el esoterismo religioso. Un mismo principio de fabricación retórica y de construcción fabulística impregna las operaciones de la poesía, la política y la

* Catedrático de Filología Inglesa de la Universidad de Córdoba (bernd.dietz@gmail.com). Ensayista, poeta, traductor y antólogo, entre sus publicaciones más recientes se encuentran *Aunque la muerte sea nuestra dueña* y *Residencia en la tierra*.

religión. Los jefes y los meritorios de los tres sistemas responden a mecanismos sectarios, asociándose contra la libertad individual en aras de un progreso colectivo caracterizado por la reverencia, la transversalidad y el secretismo. Alta magia verbal. Tal si dijéramos la mentira con sus vasos comunicantes, sus gratificaciones y sus jerarquías ocultas. Mejor el gregarismo remunerado que la soledad, filosofan dulcemente. Evacuando profundas metáforas o profesando humanismo. En las tres mitologías se da un populacho de consumidores crédulos, que contemplan el dedo, y una élite de iniciados cínicos, que han renunciado a mirar a la luna. Cuando tienen un respiro de intimidad, los sumos sacerdotes se justifican con santurronería, ya alegando una teoría del mal menor, ya complaciéndose en la plasticidad del artificio al que por estética sirven.

NO HAY NINGUNA CRISIS

El rasgo distintivo del país es su asco por el mérito individual. Llevar interiorizado el pánico a que, si gozase de libertad para ello, pudiera algún saltimbanqui de fisiología foránea llegar a exhibir inteligencia, persuasión y habilidad. ¡Horrisona perspectiva! Traición al protocolo que perturbaría la programación y las veladas risueñas en cualquiera de los escenarios que conforman el barroco organigrama institucional. Pudiendo deslucir el trampantojo experto que dibujan universidades y academias, de casticismo aplaudido por todos. En cada uno de estos cenáculos de excelencia, los triunfos se vendimian de suyo en virtud de los lazos familiares, la amable arbitrariedad o el canje de favores. Sería interesante preguntarse por qué se ha ido en dirección inversa a la de otros países, que hallaron en la meritocracia estricta un arma contra la oligarquía y una invitación al progreso.

De ahí esa oronda y proverbial disciplina en la defensa de las mentiras colectivas. El feliz sectarismo sin azoro. ¿Qué importarán el GAL o el 11M? Todo el país encarna a su propio intelectual orgánico, y sabe recular o indignarse al unísono. A conveniencia. De ahí el integrismo, versión meapilas o carbonaria, cuando toca guarnecerse del pensamiento crítico, la rendición de cuentas científica y ética o los corolarios racionales que implicasen riesgo de renovación. Comporta ello sentimientos verdaderamente únicos en la cristiandad, por su forofismo agropecuario. Una glutinosidad muy apreciada por papas, caudillos, filántropos y demás ingenieros de almas. Pues aquí suelen encontrarse los deberes ya hechos de antemano, sin tener que enseñar los dientes o rascarse el bolsillo. Dada la maja predisposición de la feligresía, tan obsequiosa y procedimental.

SI LLEGA LA REVOLUCIÓN

Se premiarán todas las aportaciones tangibles a la causa. En especial las briosas, aunque las prefiramos revestidas de santurronería laica. Una recua generacional de escritores,

catedráticos, periodistas y restantes gurúes de la opinión catódica, untada de autoestima y promoción gratuita, ahormó antes su genio al monocultivo del vibrante embuste nacional. Grageas gramscianas. Aceptando con galantería altruista el ser nada más que comparsa de los voluntarios activos en primera línea, como bailaores, aforados, cineastas, rockeros, matones, cupletistas y jueces, por catadura los más idóneos para la tarea de perfilar las dianas y dar espectáculo. El huevo está puesto.

¿Y los demás qué? ¿Acaso no estremece ya el cacicazgo transversal? Debiérase honrar por tacticismo creyente. Menudo guirigay. Tienen pelusa los comisarios de policía, la realeza, los gerentes de urbanismo. Imploran amor los sindicalistas, el empresariado, los comisionistas. Y rejuvenecen así los banqueros, los militarotes, los subsecretarios. Todos anhelan encabezar la revuelta. Ser del elenco cuando ataquemos los tuti de las desinhibiciones y de las requisas. La tajada talmente. Ay rajitas rosáceas. Sólo resta fijar a los infieles y atribuirles coherencia, algún hierro legible para identificarlos, que nosotros representamos el bien. Lo cómodos que resultaron aquellos marranos.

TEORÍA DEL MENTIR

La verdad es como la heroína. Cuando la conoces, supone la mejor experiencia de tu vida. El encuentro con una intensidad benefactora cuya superconductividad te reconcilia con el mundo. No te cuesta aficionarte a ella por entero, hasta el punto de rechazar por imperfecto todo lo demás. Por eso quienes la inventaron, queriendo suministrarle una felicidad química a la gente, le dieron ese nombre tan bonito. Pero en seguida viene la parte fea, la de quienes te la adulteran y te la manipulan, la de quienes la utilizan en provecho propio para esclavizarte y te someten al chantaje de la escasez, arrancándole toda pureza y toda terapéutica. Todo efecto de exaltación positiva. Toda sensación de hermanamiento con las cosas. Por no hablar de cómo te acaba aislando de los demás el vivir por ella y para ella, repeliendo el virus de la superstición ambiental. Ella a quien tales biempensantes, en esa probada confluencia de cretinos y de criminales, tienen por una aberración. De ahí, por supuesto, que los pocos que han dicho la verdad descarnada fueran casi siempre difamados como los enemigos del pueblo. Mientras que las mentiras compartidas por la colectividad, pongamos una religión o una ortodoxia política, han hecho las veces de refugio de villanos, de espacio para el trueque y la socialización.

La dosis de verdad que consumimos a diario supone un porcentaje ridículo. Tiene que haber una fracción homeopática de verdad en la mentira, para mantener la ilusión en lo que nos comunicamos unos a otros y para disfrutar sanamente de esas inmersiones esporádicas en la autenticidad, más o menos teatralizada, que a todos nos emocionan en trances especiales. Pulgarada de agradecer en el matrimonio o en la amistad dilatados, en el trato profesional y familiar deferente, en la identificación gustosa con un grupo de interés. Dicha proporción varía según las épocas, los países y sus culturas típicas. No es lo mismo Pablo de Tarso que Erasmo. Ni Spinoza que Stalin. Pues nos hemos habituado de antiguo, en grado

mudable, a cortar la verdad con la mentira. Como los traficantes escatimosos que somos. Tal vez un quince por ciento de verdad suponga ya un chute excesivo para una persona normal, hecha a compuestos más rebajados. El ochenta y cinco o más a menudo el noventa y tantos por ciento sobrante no ha de revestir automáticamente un peligro letal. Con frecuencia será un excipiente inocuo, tal la mayoría de las palabras que nos cruzamos. O las incontables horas que invertimos en proferir frases hechas, lisonjas y tautologías. Amén de embaucar, no hay que morir de sobredosis.